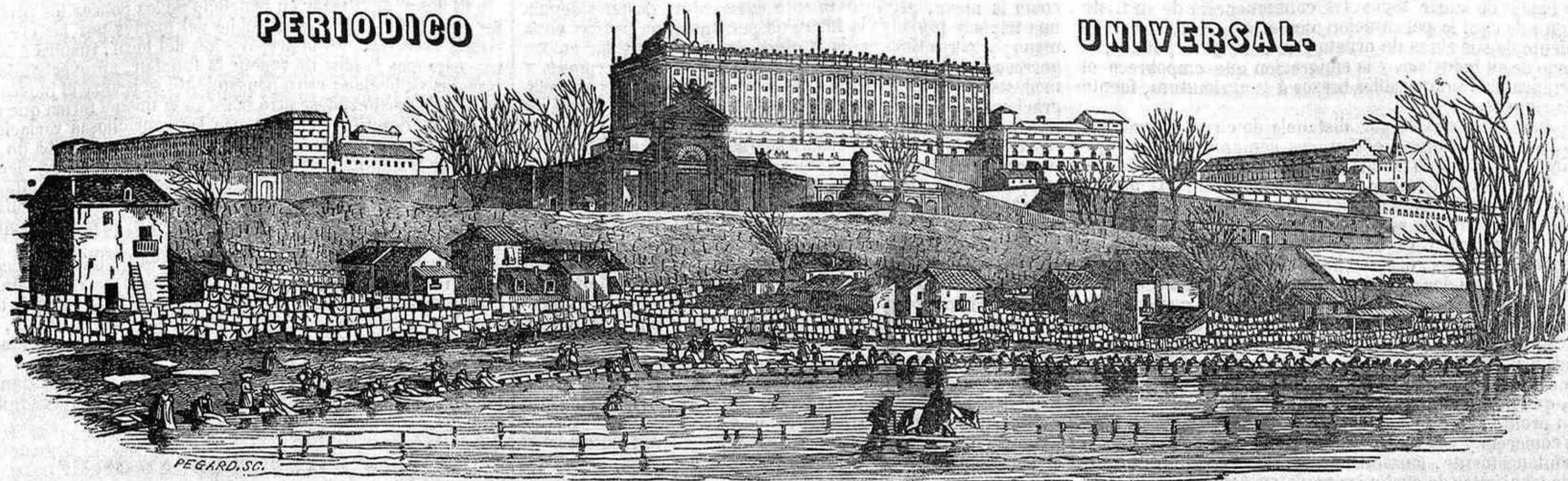


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 27.—SÁBADO 3 DE JULIO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

MÁQUINAS.

Esta seccion se encontraba clasificada en tres grandes subdivisiones. La primera contenia las máquinas de aplicacion directa, como los motores primitivos, las partes separadas del mecanismo y de los aparatos, las máquinas para pesar y para mover los cuerpos, para levantarlos, medirlos y contarlos, los instrumentos de matemáticas, de física y otros de igual naturaleza, los fusiles, pistolas y máquinas agrícolas.

La segunda comprendia las máquinas que sirven para la produccion de todos los objetos fabricados, hilados, tejidos é incrustados, para la fabricacion de metales y de sustancias minerales, animales y vegetales.

La tercera subdivision abrazaba los modelos de todo cuanto tiene relacion con las construcciones mecánicas.

Considerada toda la seccion en conjunto se agrupaba en seis clases, pero nuestras observaciones solo se refieren á tres, á saber: á las máquinas de aplicacion directa, á las de manufacturas, y á las que podemos llamar de trabajos civiles.

Dejamos á otros el cuidado de llamar la atencion detenidamente sobre los artículos espuestos en cada una de dichas clases, y el de indicar la naturaleza de las mejoras que han experimentado, si en efecto existen, así como sus efectos en cuanto al aumento de productos, la disminucion del trabajo y la economía de la mano de obra.

La mayor parte de las máquinas se presentaban funcionando: un ancho espacio en el extremo occidental del palacio se veia ocupado por las de algodón del Reino-Unido, movidas por diferentes máquinas de vapor. Cada una de estas es el resultado de las contribuciones de diversos inventores, que las han puesto sucesivamente en el actual estado de perfeccion.

Así que el algodón que se hilaba hace ochenta años con la mayor sencillez, é hilo á hilo, por mugeres que trabajan con una tosca rueda en sus propias casas, ha llegado á ser el artículo fabricado mas importante del país, en vez de la lana que antes ocupaba el primer puesto.

Y sin embargo debemos decir que el lino amenaza reemplazar tambien al algodón en todas las operaciones en que el segundo se emplea. Solo el tiempo podrá decirnos con qué probabilidades de éxito llegará á operarse esta sustitucion. Pero cuando la Inglaterra se ha cubierto en veinte años con una red de caminos de hierro, cuando se ha construido y adornado en treinta semanas un edificio inmenso, como el de la Exposicion, ¿quién se atreverá á decir que no se cambiará radicalmente dentro de algunos años la base de la fabricacion de ese país?

Una seccion del palacio, inmediata á la de algodones, encerraba una vasta coleccion de máquinas para cardar, hilar y tejer la lana y el lino, así como otras muchas á la Jaquart, construidas con muchísimo esmero.

Siguiendo el lado norte del edificio se entraba en un gran salon, cuya primera parte se hallaba llena de hermosas muestras de máquinas para fabricar toda clase de herramientas destinadas á la mecánica. Estos instrumentos se ejecutan con tal precision, se adaptan tan perfectamente al objeto que deben llenar, son tan proporcionados, que para la vista ejercitada del mecánico, poseen, aunque en otro órden de ideas, el género de belleza que escita la admiracion de un artista en una estatua ó en un cuadro.

Veíase después una coleccion de máquinas diversas, como gruas, bombas, molinos para azúcar, máquinas para encajes y para imprimir, prensas, molinos para harina, máquinas de vapor, hélices y otros modelos para la marina, así como prensas hidráulicas. Entraban acto continuo las ruedas, las muestras de locomotivas, los modelos perfeccionados de caminos de hierro permanentes, y otra multitud de aplicaciones de ese maravilloso sistema de locomocion que se ha naturalizado en Europa de veinte años á esta parte.

Atravesando luego gran abundancia de rails, de plataformas y de agujas, y no cediendo el curioso á la tentacion de detenerse á contemplar las máquinas destinadas á usos marítimos, podia examinar una admirable coleccion de locomotivas, frías é inmóviles en aquel sitio, pero que solo necesitaban el estímulo del agua para dar la vuelta al mundo en veinte dias.

A su lado figuraban diferentes muestras de diligencias y de wagones, así como no pocas de coches, carretas, landós y otras especies de carruajes de caza y de paseo: tambien se

notaban muchísimas ruedas de diversas construcciones, y después de ellas una completísima coleccion de carruajes públicos, ómnibus y cabriolés, observándose en no pocos la aplicacion de un freno para contener un movimiento demasiado acelerado. Este freno hace descansar á los caballos en la bajada de las cuestas, é impide que caigan á tierra ó se desboquen. Si se consiguiese detener un ómnibus por medio de un tirante ú otro cuerpo sujeto á la voluntad del chófero, ó á la presion de su pié y sin que tocara á los caballos, este descubrimiento les ahorraría mucha fatiga y los viajes no ofrecerian tantos peligros. Es por lo tanto muy interesante comparar la construccion de los carruajes que se emplean para la locomocion en caminos ordinarios, con los que se construyen especialmente para los caminos de hierro. Todas las partes de los primeros son tan ligeras como es posible hacerlas, sin que esto perjudique á su consistencia, al paso que las de los segundos son en extremo macizas. El peso no es en efecto mas que una consideracion secundaria, porque el caballo de vapor y de hierro no se cansa con tanta facilidad como su cuadrúpedo rival de carne y hueso.

Aparecian después de los aparatos de la locomocion por tierra los motores destinados á la locomocion por agua. El mas notable de esta clase es sin disputa la máquina horizontal de cuatro cilindros, de setecientos caballos de fuerza, que espusieron los señores Boulton y Watt. Esta máquina se destinaba para un buque de hélice. Al lado de tan asombroso gigante, y no menos interesantes que él, se encontraban dos modelos sumamente curiosos, ejecutados en 1783 por M. Murdock de Soho. Uno de estos lindos aparatos era la máquina de cilindro oscilante, introducida durante los últimos años en los buques de vapor con éxito completo y satisfactorios resultados. El otro era una locomotiva cuyo fogon contiene por todo combustible una lámpara.

Tambien existian en aquel sitio reservado para las mas curiosas invenciones otras máquinas oscilantes de Pean y compañía.

Proseguiremos esta reseña en nuestro próximo artículo, pues la creemos sumamente útil, ya que sin necesidad de comentarios pone de manifiesto los grandes adelantos que ha hecho la nacion inglesa en la maquinaria.

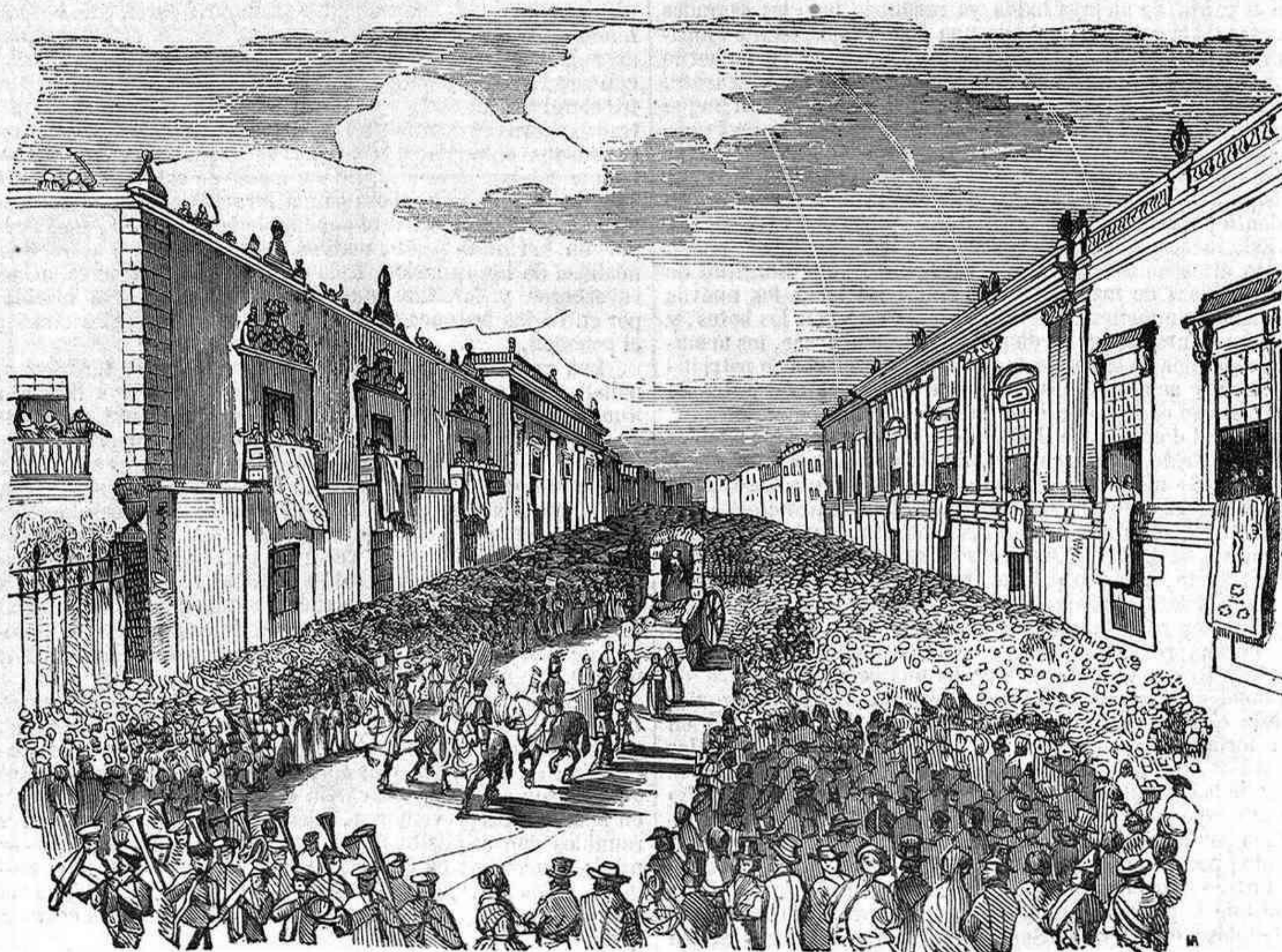
SUCESOS DE ACTUALIDAD.

FESTEJOS CELEBRADOS CON MOTIVO DE LA DIVISION DE LAS ISLAS CANARIAS.

Cerca de cuatro siglos han transcurrido desde el dia en que ondeó triunfante el pabellon español sobre las islas Canarias, llevando á ella la civilizacion y costumbres de la vieja Europa; mas en tan largo período nunca un acontecimiento tan noble ha conmovido á la Gran-Canaria como el que es objeto de estas líneas. Si en la vida de los pueblos, por mas pequeños que sean, se encuentran sucesos memorables que deben ser transmitidos de una en otra generacion hasta los mas remotos siglos, ninguno habrá por cierto mas digno de este honor como el que al presente nos ocupa.

Hablamos de la publicacion en la isla del real decreto de 17 de marzo, por el cual se ha dividido la provincia de Canarias en dos distritos administrativos, regidos por dos sub-gobernadores con las atribuciones que en el mismo real decreto se establecen.

Cuarenta años han pasado desde que empezó entre las dos islas principales esa obstinada lucha que ha gastado inútilmente sus fuerzas, consumiendo, sin ventajas positivas para el país, capitales inmensos, y cuyos resultados, fuerza es decirlo, no han sido otros que enconar mas los ánimos, y hacer casi imposible toda asociacion entre dos pueblos que, colocados al frente de la civilizacion isleña, y sintiendo correr por sus venas la misma sangre española, han nacido solo para amarse y prestarse mutuo apoyo y proteccion.



Festejos en Canarias.

Durante esos años de penosa memoria, y mientras ambos pueblos se afanaban por defender sus derechos a la capitalidad de provincia ante los diferentes gobiernos que se han sucedido en nuestra España, fácilmente se comprende que aquel a quien la provincia destinase el papel de víctima, forzosamente había de sufrir todas las consecuencias de su triste posición: de aquí la paralización de su comercio, el entorpecimiento de sus obras de ornato y conveniencia pública, el abandono de su industria, y la emigración que empobrece el país arrancando innumerables brazos a la agricultura, fuente de toda riqueza.

Separadas estas islas por distancia de cinco a cuarenta leguas, sin vapores que faciliten sus comunicaciones, sujetas al irregular servicio de algunos pequeños buques de cabotaje que hacen el tráfico de una isla a otra; la acción administrativa sufría entorpecimientos considerables, retardándose con frecuencia semanas enteras la circulación de las órdenes del gobierno. El único medio de hacer desaparecer estas irregularidades, devolviendo al mismo tiempo la paz y tranquilidad a los dos pueblos rivales, era establecer, sin crear nuevos impuestos, dos centros de acción que con entera independencia pudiesen funcionar en sus respectivas demarcaciones, velando más de cerca sobre los intereses y necesidades de estos pueblos. Así lo comprendió el gobierno de S. M. y decidió la publicación del decreto de 17 de marzo, que llegó a las Palmas el 29 del propio mes.

Tan pronto como se supo la noticia, todos los talleres, tiendas de comercio y establecimientos públicos se habían cerrado espontáneamente, lanzándose a las calles una multitud ansiosa de manifestar de cualquier modo su contento, mientras una numerosa banda de músicos, improvisada por algunos aficionados, recorría las calles y plazas ejecutando piezas que aumentaban el regocijo que en todos los semblantes se veía retratado.

Inútil es decir que en todos los grupos que recorrían las calles se notaba el mayor orden, sin oírse la menor palabra ofensiva, ni que remotamente aludiese al triunfo obtenido sobre la rival. Parece que todos los canarios, impulsados por un mismo sentimiento, habían querido dar un ejemplo de su cordura, delicadeza y sensatez.

Al día siguiente (30 de marzo) a invitación del alcalde corregidor accidental D. Ignacio Díaz, se reunieron en el salón de actos del colegio de San Agustín las personas más respetables y bien acomodadas del pueblo. Abrióse la sesión con un discurso del mismo señor Díaz, por el cual invitó a todos los concurrentes a esplotar en favor del país ese decreto de división que tantos bienes ha de producir al mismo, y después de indicar lo conveniente que sería nombrar una comisión que sin levantar mano propusiese y realizase en esta ciudad, y en todos los demás pueblos del distrito administrativo, las empresas y mejoras de que son susceptibles, se ocupó de nuestras magníficas casas consistoriales, y de la necesidad de proporcionar algunos fondos, por medio de una suscripción voluntaria, con el objeto de concluirlos en el breve plazo de cuatro meses. Todo quedó así acordado, y en el mismo acto, y en medio de un entusiasmo indescriptible, se hicieron varios donativos, que al disolverse la reunión ascendieron a 60,000 rs. Las personas encargadas de recorrer el pueblo e invitar a los vecinos que no habían podido asistir a esta misma reunión, salieron por la tarde acompañadas de un numeroso gentío y de la banda de músicos aficionados, y consiguieron fácilmente aumentar la suscripción; repitiéndose la misma escena en las tardes siguientes, sin que se disminuyese el placer con que eran recibidas en todos los barrios de la población, ni el afán con que se apresuraban a depositar su ofrenda desde el rico propietario hasta el más infeliz jornalero.

El domingo de Ramos puso término a las muestras del entusiasmo de los canarios, aplazando para la vecina pascua de Resurrección el solemnizar de un modo más brillante el nuevo orden de cosas creado por la división.

Pero amaneció el sábado Santo, claro y despejado como suele estarlo siempre bajo aquel hermoso y puro cielo, y no bien el sonido armónico de las campanas anunció al pueblo que el canto de alabanza había ya resonado bajo las sagradas bóvedas de la catedral, cuando una goleta lujosamente empavesada fondeó a corta distancia del muelle, trayendo a su bordo un número considerable de personas de la isla de Lanzarote, que al saber la publicación del deseado decreto, por un buque que a llevar esta fausta noticia a aquella isla y a la de Fuerteventura se había despachado, quisieron venir a participar de los festejos, porque también ellos habían pedido a S. M. la división del archipiélago canario, como prenda segura de un brillante porvenir.

Esta inesperada noticia circuló por toda la ciudad, y bien pronto el espacioso muelle se vio lleno de una multitud de gente ansiosa de manifestar sus simpatías hacia los nuevos huéspedes; de manera que al acercarse estos en los botes, y en el momento en que se disponían a desembarcar, los armoniosos sonidos de la banda de músicos, mezclados de patrióticos vivas y aclamaciones, fueron a saludarles aun antes de haber pisado el suelo de esta antigua capital.

Llegó el domingo de Pascua, día señalado por los pueblos de Guía y Telde para hacer su entrada en la ciudad, manifestando de este modo la parte que tomaban en nuestra común felicidad. Y en efecto, a las diez de la mañana principió a descender por la montaña de San Francisco una lucida comitiva, compuesta de más de 3,000 personas de los pueblos del cantón del Norte, que con palmas, ramos de oliva y banderas en las manos acompañaban al ayuntamiento de Guía, que en un magnífico carro cubierto de terciopelo y oro, adornado con una corona real, conducía respetuosamente el retrato de S. M. la Reina. Cerraba la marcha una banda de música de aficionados de la misma villa de Guía, que alternando con la de esta ciudad, ejecutaba muy lindas y variadas piezas, y en esta forma atravesó la comitiva las calles de San Justo, los Remedios, la Plazuela y el Puente, y fué a descansar en la plaza de la Constitución, donde formando la multitud un ancho círculo, oyó con suma complacencia un precioso himno ejecutado por los aficionados de Guía, música de D. Eufemiano Jurado, poesía de D. Carlos Grandy.

Entre tanto el pueblo de Telde, acompañado de todos los demás de la parte del sur de la isla, preparado por este lado en la iglesia del barrio de San José otra magnífica carroza, con el retrato de S. M., cuyo esquisito trabajo, obra de D. Fran-

cisco Zumbado Ripa, produjo en los espectadores, lo mismo que la de Guía, dirigida por D. Luis del Mármol, la mas agradable sorpresa. Abrieron la marcha a esta segunda comitiva cuatro bizarros jóvenes vestidos con los elegantes trajes de la corte de Felipe IV, y montados sobre caballos blancos como la nieve, primorosamente enjaezados: después seguía una triple y prolongada hilera de personas con palmas en la mano; y por último venía la régia carroza tirada por cuatro gorreros armados de casco y coraza, y cuatro hermosas y modestas jóvenes, vestidas de blanco, con el sedoso cabello graciosamente suelto por la espalda. Así avanzó rodeada de un inmenso gentío la vistosa comitiva, hasta que se le incorporó la de Guía con sus palmas, sus banderas y su música, y juntas descendieron por la calle del Colegio, en cuyos balcones, adornados de ricas colgaduras, ostentaban sus encantos nuestras hermosas, aun mas bellas este día con el entusiasmo que brillaba en sus ojos al esparcir olorosas flores sobre el venerado retrato de nuestra adorada Reina. Mientras esto se verificaba, las campanas de la población no cesaban de llenar el aire con sus alegres repiques, y mil cohetes cruzándose en distintas direcciones iban a anunciar por todas partes nuestro contento y felicidad. Nunca un espectáculo mas imponente han visto los canarios como el que presentaba aquella masa compacta de 15,000 personas, sobre cuyas cabezas ondulaba un bosque de palmas, laureles y olivas, mezclada con bandoleras de diferentes colores, precediendo a la elegante carroza que majestuosamente avanzaba al compás de una armoniosa música, interrumpida siempre por mil entusiastas aclamaciones y vivas a nuestra escelsa soberana, objeto de esta régia ovación.

El brillante cortejo hizo por fin alto en la plazuela de San Agustín, y después de un corto descanso penetró en los espaciosos claustros del Instituto, donde fué recibido por el ayuntamiento de esta ciudad, reunido en el salón de actos del mismo Instituto. En este espacioso salón, colgado todo de damasco carmesí, y bajo un dosel de terciopelo recamado de oro, se veía otro retrato de S. M. de cuerpo entero, teniendo a su derecha el glorioso pendon que en 1483 ondeó triunfante Alonso Jaime de Sotomayor el día 29 de abril en que se rindió el último canario. Los ayuntamientos de Guía y Telde arregaron aquí al de las Palmas, que contestó por conducto del señor Lopez Botas en un sentido y elocuente discurso, terminando por un viva a la Reina, al gobierno, a nuestros dignos diputados, y a la unión y prosperidad de los dos distritos. Concluido este solemne acto, se disolvió la reunión, hasta las cuatro de la tarde, en que el vistoso carro de Telde paseó de nuevo las calles de la ciudad, en el mismo orden con que hemos descrito su entrada.

Por la noche hubo iluminación general.

La iluminación concluyó a las once, hora en que todo el pueblo se retiró a sus casas, para esperar el siguiente día que había de traerle nuevas diversiones. En efecto, el carro de Guía, acompañado de una numerosa comitiva y de las dos bandas de música, paseó el retrato de S. M. por todos los barrios de la población, cantándose en el tránsito himnos alusivos a las circunstancias, y reinando el mismo entusiasmo que en los días precedentes. Por la noche hubo fuegos artificiales en la plaza principal de Santa Ana, ejecutados por un alicionado de Guía, los cuales fueron vistos con singular placer y aplauso por la multitud que llenaba la plaza.

El martes se invirtió en preparar el gran baile público, anunciado con anticipación, y cuyos inmensos preparativos nos prometían un grandioso espectáculo. Así es que tan pronto como el reloj de la catedral señaló las nueve, una numerosa y lucida concurrencia se dirigió a la plazuela del colegio de San Agustín, en cuyo edificio iba a tener lugar la función.

Este patio, cuya figura es un espacioso cuadrilongo, se halla circuido por veintiseis columnas de piedra que sostienen una ancha galería, donde a distancias regulares se abren otras tantas ventanas que dan luz a los salones de estudio de los alumnos. En esta deliciosa noche un elegante toldo cubría todo el patio, sin dejar penetrar el menor soplo de viento, y un alfombrado de tupida tela se extendía por el suelo formando un piso suave e igual, que cualquier salón envidiaría. Una estensa hilera de sillitas rodeaba los cuatro ángulos del patio, dejando descubiertos un número igual de salones, donde podían bailar con entera independencia cuatro tandas diferentes. En el centro elevábase un tablado de figura oval con una bonita balaustrada, adornada de multitud de vistosas banderolas, en el cual se hallaba colocada una numerosa orquesta compuesta de treinta y seis aficionados. De en medio de este tablado se levantaba luego una frondosa palma formada con hojas naturales, a cuyo pié ondeaba el pendon de la conquista, guardado por un hermoso perro, emblema de la fuerza y proverbial fidelidad de los canarios. Todo esto se hallaba iluminado con reverberos y farolillos que despedían una suave claridad por entre los festones de flores que por todas partes cubrían el pabellón.

Las columnas de que antes hemos hablado, también se hallaban festoneadas con verdes ramos y olorosas flores, é iluminadas con lámparas y arañas simétricamente colocadas en sus intermedios. Mas allá, y debajo de las galerías, numerosos asientos y una hermosa colección de cuadros adornaban el claustro, que servía de paseo a todos los que no tomaban una parte activa en el baile, y cuyas paredes se hallaban también graciosamente festoneadas con vistosas telas de los colores nacionales, únicos que se veían en todos los demás adornos del edificio. Finalmente, sobre aquellas mismas columnas y en el hueco de una a otra ventana, se leía con grandes letras trazadas en madera é iluminadas con miles de vasos, el nombre de nuestra Reina adorada, y el de los diputados por esta isla, D. Jacinto de Leon y D. Cristóbal del Castillo.

Los salones de descanso para las señoras y caballeros participaban del buen gusto y elegancia que habían presidido en el arreglo de la función; y sin entrar en una minuciosa descripción de ellos, diremos solo que ambos estaban colgados de damasco carmesí, con cortinas amarillas de la propia tela en sus puertas y ventanas, viéndose en el de las señoras reunidos con esquisito gusto todos aquellos adornos que se pueden encontrar en el mas precioso gabinete: cómodas butacas, ricos sofás, grandes espejos, tupidas alfombras, en fin cuanto la moda y el lujo han podido inventar de mas cómodo y elegante.

El baile, a que concurrieron cerca de mil personas, estu-

vo muy animado hasta después de las cuatro de la mañana que se retiró la escogida concurrencia; distinguiéndose como siempre las privilegiadas hijas de la Gran-Canaria, no menos por sus gracias naturales que por la sencillez y elegancia de sus vestidos y peinados.

El deseo de utilizar en beneficio de los pobres los productos del baile, nulos en la noche del martes por las crecidas sumas invertidas en la preparación del local, inspiró a algunas personas la idea de repetir la función, aprovechando los trabajos ya hechos; cuyo pensamiento se realizó el jueves por la noche, verificándose otro baile en la misma forma que acabamos de describir, si bien con las caprichosas variaciones en los adornos y alumbrado del patio, que no cesaba de improvisar la infatigable y rica imaginación de nuestra electrizada juventud, habiéndose cantado además hacia la mitad de la función un bonito himno a grande orquesta, dedicado a S. M. la Reina, poesía y música del profesor D. Agustín Millares.

La sociedad literaria, concluidos ya los públicos regocijos, había determinado obsequiar a los señores de Lanzarote y a las comisionadas de Telde, Guía, Galdar y demás pueblos de la isla, con un suntuoso banquete, fijado para el sábado 17, y al cual estaban invitadas todas las autoridades, corporaciones y sociedades que residen en esta ciudad.

Tales han sido los festejos con que los canarios han solemnizado la división de la provincia en dos distritos administrativos.

LOS PRIMEROS AMORES.

Acaso no exista un hombre que al mirar atrás para reconocer la distancia que en la senda del vivir ha caminado, no se detenga a contemplar con la mas tierna melancolía la encantadora perspectiva de sus primeros amores... ¡recuerdos santos de la inocencia del alma, dulces memorias de aquel agitado y sabroso latir del corazón, encantadoras ilusiones de un bien soñado, que desapareció como el humo, hoy quiero pagaros el tributo que nunca os negaré un corazón sensible! Seca la flor que fresca y olorosa recibí de su amada el tierno amante, aun no ha perdido para este todos los encantos de su primitiva belleza. Cuando el destino le hace esperar los rigores de una larga ausencia, aquella flor es su consuelo; aunque seca y sin fragancia, la contempla enajenado, porque ella aviva los recuerdos de su amor, alimenta su esperanza, y es un signo de su pasada felicidad...

Esto escribía yo hace unas cuantas semanas, con el objeto de fraguar un artículo que tuviese por encabezamiento *Los primeros amores*; y sin embargo de que el asunto ofrecía espacioso campo por donde pudiese correr mi pluma, esta se detuvo al llegar a la palabra *felicidad*. Esto dependería acaso de que no teniendo yo ninguna noción precisa del significado de aquella voz, no me fué posible seguir combinando mis ideas al hacer uso de un signo cuyo significado es desconocido para mí. En efecto, si como aseguran muchos filósofos modernos, no solo toda ecuación es un razonamiento, sino que también todo razonamiento es una ecuación, mal podría yo resolver esta, cuando una de las cantidades que tomaba por conocida, era en realidad incógnita para mí. Pudo ser también, que sin yo percibirlo, me detuviese la consideración de lo difícil que es escribir un artículo de costumbres, que pueda agradar a todos, lo cual supone que, también sin percibirlo, tuve intención de escribirlo con aquella condición. De cualquier modo que esto sucediese, lo cierto es que al llegar a la palabra *felicidad* se paró mi pluma, sin duda porque se paró mi mano, y que esta soltó a aquella en el tintero, siendo entonces mi ánimo volver a tomarla cuando tuviese tiempo y humor para proseguir mi comenzado artículo.

Resuelto hoy a proseguirlo, y después de haber pasado la vista por lo que de él tenía hilvanado, hame parecido que ó debía quedar en el mismo ser y estado que le dejé, ó era forzoso, para continuarlo, variar de rumbo. En el siglo en que vivimos se ha materializado tanto el amor, que hay muy pocas personas capaces de leer, sin hostear a cada línea, una disertación calcada sobre el idealismo de las pasiones, que tan divinamente supo pintar en su *Nueva Heloisa*, el inmortal J. Jacobo. Quédes pues para este escritor la gloria de haber dado cuerpo y vida a las pasajeras ilusiones de nuestros primeros años. ¡Fuera posible reunir todas las lágrimas que ha hecho derramar su Julia! veríamos un grande lago, y no podríamos menos de exclamar estremecidos a su vista: si este es el efecto del llanto producido por una ficción, ¡cuáles márgenes podrán señalarse al inmenso océano formado por las lágrimas que ha hecho verter la amarga realidad!

Por mi parte no trato hoy de hacer llorar a mis lectores, ni creo que mi habilidad alcanzaría a tanto; me daré pues por contento con hacerlos reír... pero esto tampoco es muy fácil: limitaré pues mis pretensiones a que ni lloren ni rian, pero que me lean sin hostear; pero todavía creo que esto es pedir demasiado... y con tal que no los haga dormir... pero esto no será sino cuando ellos quieran; puesto que en enfadando un artículo se pasa de largo, ó se suelta el periódico, y está todo remediado. Allá voy pues, dejando a un lado el sentimentalismo, a bosquejar *Los primeros amores* en algunas de sus mas notables faces.

El paso mas arduo para quien por la primera vez se enamora, es revelar al objeto de su amor su *atrevido pensamiento*. Mil veces le ha dicho ya con sus ojos, «mudas lenguas de amorios,» lo que su alma siente, y algunas le ha parecido observar en las miradas de la muger que adora, una cierta espresion de compasivo afecto que parece alentarle para que sea mas explicito. Pero como esto no le asegura de que es amado, y es tan temible un no redondo, ó de cualquiera otra figura; y por otra parte sirve de alivio a sus penas la dulce esperanza de ir ganando terreno, saborease con ella, dejando para mas adelante la declaración rotunda, que ha de darle por resultado, ó una eterna felicidad, ó una segura muerte.

Este primer paso del amor, este primer *yo os amo*, casi siempre difícil en todas partes, eslo mucho mas en las poblaciones pequeñas, donde casi son desconocidas las *perfrasis* amorosas. ¡Qué sudores! ¡qué cosquilleo! ¡qué querer y no acertar a decir cuatro palabras tiernas y oportunas! Es casi seguro que a no hallarse establecidas en estos pueblos algunas

prácticas compendiosas que suplen á largos rodeos, la mayor parte de sus vecinos se morirán sin haber saboreado las delicias del matrimonio, por la sola razon de no haber sabido decir lo que sentia. Pero como en todas partes, y mucho mas en los pueblos cortos, es preciso (generalmente hablando) que los hombres se casen; ve allí que aquel robusto mancebo se aproxima, encendido como un tomate maduro, á aquella jóven, que hace mas de dos meses sabe que es amada, sin que nadie se lo haya dicho, y alzando con el posible disimulo su temblorosa zanca, posa su pié derecho, no con mucha suavidad, sobre el de su adorada Dulcinea. Esta repite la misma accion en señal de asentimiento, procurando disimular el sonrojo que se asoma á sus molletes, y el grave dolor que, merced á un maldito ojo de gallo, la ha causado la pedestre declaracion de su amante; y desde aquel mismo punto y sin haberse hablado ni una sola palabra de amor, principian á entenderse aquellos dos corazones. ¡Oh venturoso par de coces, de cuántas felicidades sois preludio!

Ved por otra parte aquel gallardo zagal, asomado al luengo y bien almidonado cuello de su camisa, armado de una abultada cachiporra, con la que mas de una vez ha desafiado para siempre el mas bien templado guitarrero, y abollado el calañés, y machucado las liendres al temerario que ha osado contradecirle. Mas no temais: lo que es por ahora no está de humor de hacer daño á nadie. Ved cómo se mueven los afligranados botones que á manera de cascabeles cuelgan de su casi desabrochado chaleco: particularmente los del lado izquierdo parece que tienen aire perlático. Ay! que aquel es el lado del corazon, y lítele con mayor violencia que el de un novillo a osado por los tabanos! No temais tampoco nada de su magullante porra. Por hoy no es la clava de Hércules; es una flecha de Cupido, que va á asestar á la rolliza moza que tan mal parado le tiene... Allí va corriendo como un sátiro. Muchos se meten prontamente en los portales, creyendo que van á ser atropellados por alguna desbocada yunta. Con la puerta de su amada empujeja. La cachiporra lanza al portal. *Porra dentro, ó porra fuera!* desafiadamente grita. Vedle ya parado á algunos pasos de la puerta de su amor. Allí espera las nuevas de su felicidad, ó la sentencia de su condenacion. ¡Triste de él si la muger á quien adora agarra la cachiporra y la arroja á la calle! Pero, oh fortuna digna de adorador tan robusto! La jóven, que arriada al fuego se entretenia en esputar el puchero, abandona súbitamente tan importante y trascendental ocupacion, y dirigiéndose al lugar donde yace la cachiporra, levántala prontamente, dando en ello una prueba de sus fuerzas varoniles, y con cariñoso afán la contempla como á una prenda cierta é inestimable de su felicidad futura: adórnala con las mejores cintas que honran su desmesurado arcon, y colócala en alto, temerosa de las mañas nada limpias de un bien nutrido gatazo, que dejando por un momento de fijar su atencion en los gorgoritos del puchero, ha vuelto su humilde cara para observar á su dueña. La porra quedó dentro; el que la arrojó puede llamarse venturoso. Pero dejemos á un lado estas y otras muchas fórmulas amorosas, dignas del siglo de oro, y trasladémonos á las poblaciones de alguna consideracion.

Escribir un billete amoroso es en estas poblaciones una de las prácticas mas comunmente recibidas para declarar un jóven sus amores por la primera vez. La redaccion de tan importante documento no deja de ofrecer sus graves dificultades. Es menester separarse en todo lo posible de esos malditos formularios, que sin respeto á las circunstancias de tiempo, lugar y persona (las cuales se complican al infinito en los asuntos amorosos) nos encajan, á guisa de receta culinaria, una misma carta para tan diferentes casos. ¿Pues qué señor, el termómetro amoroso ha de señalar siempre un mismo número de grados? ¿Pues qué, la relacion monótona y prosaica de un desaliñado formulario podrá armonizarse con los arrebatos de un amante que al querer pintar el fuego que le devora no le faltan dos dedos para asegurar que en comparacion de aquel fuego son llamas de estopa las del Vesuvio? Por otra parte ¿qué diria la cruel enemiga de su sosiego si escribiéndola con arreglo á un formulario, hubiese ya recibido (lo que nada tendria de particular) otra ú otras esquelas fundidas en el mismo molde? Seria muy posible que se riese de ver tan estraña coincidencia de afectos. En consecuencia de todas estas consideraciones, resuélvese el novel amante á ser autor original de un billete; y después de haberse provisto de rico papel de color, y de haber cortado esmeradamente una pluma, emprende su difícil tarea, procurando entusiasmarse y calcinarse, porque juzga con Horacio,

Que para dar calor al pecho ageno,
Es forzoso inflamar el propio seno.

Una vez escrito el billete, repásalo nuestro amante para ver el efecto que le produce la lectura del conjunto. Pero como al practicar este examen ha perdido no pocos grados del calor que le animaba al tiempo de escribirlo, nota, y no le parece nada bien haber puesto seis veces llama, ocho flecha, y doce eterno. La necesidad de hacer desaparecer estos defectillos da lugar á una multitud de variantes, y á la refundicion de varios períodos: por manera que viene á resultar un segundo billete, el cual, sometido á la misma prueba que el primero, produce un tercero, y este un cuarto... hasta que por fin, más por haberse cansado de escribir, que por hallarse satisfecho de lo escrito, se decide por un último billete, que viene á ser por linea recta nieto vigésimoquinto del primero que se escribió.

Una vez provisto nuestro amante de su billete amoroso, todavia no puede resolverse á entregarlo, porque sabe de un amigo suyo que después de haber dado este paso, al que parece le animaban las miradas espresivas de cierta señorita, tuvo una contestacion en sentido negativo, y lo que es mas no pudo volver á recobrar su billete, que con otros muchos guardaba en su baul aquella amable jóven, como testimonios fehacientes de sus gracias seductoras y medios eficaces para humillar á las necias que osasen entrar con ella en competencia. Explora pues algunos dias el campo, y cuando le parece que puede lisonjearse del buen éxito, asalta á una criada de la casa, y propónela haga oficios de tercera en obsequio de tan legitima pasion. La moza, que tiene su alma en sus carnes, y que no gusta de proporcionar para otras lo que para sí necesita, no toma muy á bien se la quiera ocuparen el des-

empeño de un papel tan ageno de sus buenos deseos; pero la sensacion que un duro ó cosa parecida ocasiona en la palma de su mano, trasforma su sonrisa la dura expresion de su semblante, y la obliga á recibir el billete y á dar palabra de entregarlo á la primera ocasion. Fiel á tan sagrado compromiso, no pierde un instante en cumplir su palabra, y su señorita, aunque revienta de gozo, se hace de pencas, y finge no correrle prisa ninguna el dar la contestacion. La moza, que, por lo menos, sabe tanto como su señorita de achaques de amorios, aprueba semejante conducta; pues aunque conoce la farsa, desea que se repitan las ocasiones en que el apasionado jóven se valga de su eficaz y palmaria persuasiva. Finalmente, después de varias idas y venidas, y de un *veremos*, que hace abrir tanto ojo al novel enamorado, queda este admitido á una audiencia que se le ha de dar á cierta hora de la noche desde el balcon de un segundo piso. El amante, que ya ha medido con la vista la gran distancia á que ha de enviar su voz, y que teme que una ronquera maldita le sorprenda en lo mas dulce de su coloquio, se previene de una buena dosis de azúcar cande, y después de un planton de hora y media, ve asomarse al balcon un bulto... ¡Jella es! dice para sí; pero una tos nada seca, y después un salivazo arrojado á la calle y que estuvo en muy poco no cogiese á nuestro jóven, le dieron á conocer que no era de la niña, sino de su abuela, el bulto que tanto le habian alarmado. Después de otras cuantas equivocaciones no menos chistosas, llegó por fin el deseado instante en que después de los frios saludos de costumbre, tuvo principio el amoroso coloquio.

Lástima es que algunos taquígrafos no tomen por su cuenta darnos una coleccion de estos coloquios. Una obra de este género seria el mejor antídoto para el mal humor, y proporcionaria á los autores dramáticos inmensos recursos para el perfeccionamiento de sus producciones. En efecto, si para ser bella una cosa es forzoso que tenga verdad, ¿dónde podria esta encontrarse mejor que en una coleccion donde sin correcciones, adiciones ni supresiones, apareciese en toda su desnuda sencillez? Es cierto que las sesiones *serias* han debido hasta ahora poco tener ocupados á los taquígrafos, y que estos no habrán pensado en cosas de mero entretenimiento, cuando podian mezclar con lo dulce lo útil; pero pues tienen vacaciones, y estas segun parece llevan camino de ser largas, no dejen de tomar en consideracion el consejo que les he dado.

Unas cuantas jóvenes que habiéndose puesto en alarma con los frecuentes paseos de nuestro enamorado, tuvieron al principio sus dudas sobre cuál de ellas seria el norte de sus pensamientos; mientras estuvieron en esta incertidumbre no dejaron de hacerse unas á otras algunas observaciones favorables al dudoso pretendiente. Una de ellas alabó su soltura en el andar, y dedujo de aquí como legitima consecuencia que debía de ser admirable bailaror, y que seria un gran gusto el *polkar* con él un rato; á otra le pareció haber notado que la mano del paseante era pequeña y lustrosa, y aunque no en el grado de poder prestar un juramento, se atrevia á asegurar que el cutis del jóven debía igualarse en suavidad á un guante de cabritilla; otra de ellas, con pretensiones de literata, y que por un mero acaso habia hojeado la *Frenología* de Gall muy cerca de dos minutos, aseguró á sus compañeras con aire de misterio, que nada le agradaba tanto en aquel mozo como una cierta protuberancia, que era el mas seguro indicio de su gran vena poetica. En todas estas discusiones tomaba parte la ya preferida jóven; pero ¡válgame Dios! Desde el momento en que, descifrada el enigma, supo cada cual á qué atenerse, cambió enteramente la escena, quedando aislada la afortunada, y formándose con las otras una temible liga contra los dos nuevos amantes. A la primera entrevista de las envidiosas se tuvo gran cuidado en rectificar las opiniones precedentes, que por haberse emitido con demasiada ligereza y á gran distancia del objeto analizado, no habian podido menos de ser equivocadas: de bailaror pasó nuestro jóven á ser saltarin; lo pequeño y lustroso de su mano se convino en que habia sido una ilusion óptica; y por lo que toca á aquella antes feliz protuberancia, aseguró la frenóloga que solo indicaba una violenta propension al hurto. Después de estas indispensables rectificaciones, se convino en que *Dios los cria y ellos se juntan*, y en que era menester reírse á costa de los dos necios amantes. Con arreglo á estas buenas intenciones, las conjuradas, cuya mayor parte vive cerca de la novia, han estado acechando todos sus movimientos, y precisamente á la hora de principiar el amoroso diálogo, estan atisvando y escuchando por detras de las puertas de sus balcones ó ventanas, de modo que ni pierden un movimiento ni una sílaba.

Así, observan que el pobre jóven, arriado á la pared como una salamanquesa, tiene el trabajo de repetir tres ó cuatro veces una misma palabra para ser entendido. En vano se pone la mano en la boca para esforzar la voz; siempre resultan dudas ó malas inteligencias que desesperan á nuestro amante. Después de tantos tormentos se despide con el pescezo dolorido, esperando que su dama se ponga otra noche en una posicion mas accesible. Lo malo es que la oyente turba, reuniéndose al otro dia, hace el extracto de lo mas selecto del diálogo amoroso de la noche anterior; y alguna que otra palabra que llega á hacer fortuna, se difunde por la poblacion con la rapidez del viento, sacando los colores al rostro á nuestros novios.

Mas cautos estos estrechan sus distancias, y á la tercera noche ya se hablan por una reja baja. Allí redoblan sus esfuerzos las envidiosas fisgonas por pillar algo del amoroso diálogo; pero ya no es ocasion, pues ni aun los que pasan arriados á la reja pueden escuchar ni una sola palabra. No pudiendo burlarse de lo que dicen, quieren sacar quintas esencias de lo que hacen...

¡Malas y viperinas lenguas, dejad en paz los primeros amores, así como yo dejo de ocuparme mas de ellos, porque no quiero llegar á cosas serias y formales!

Z. ACOSTA.

Cama de respeto.

Esta obra, de columnas acanaladas de madera de nogal, con adornos y cortinaje de satín, color carmesí, es un mueble magnífico, que fué muy admirado en la Esposicion,

habiendo obtenido su autor M. Wilkinson medalla de honor entre las distribuidas á la Esposicion austriaca. La cama de madera dorada y las guarniciones de seda azul de M. Fox no carecia tampoco de mérito por el buen efecto que producía á la vista. Por último, la de MM. Fraudel y Philips, esculpida al estilo de Luis XIV, con guarniciones de terciopelo y elegantemente pintada, es una obra de gran precio, y cuyas partes accesorias estan trabajadas con el mayor esmero y gusto.

LOS ENCARGOS.

Si yo fuera hombre de dinero (cosa que estrañaria á cuantos tengan noticias de la vida que arrastra el escritor público en esta patria, donde ya desde tiempo de Cervantes, príncipe ahora de los ingenios españoles, y muerto en su época poco menos que de hambre, es añeja costumbre que todos los que con mas ó menos aplicacion se dedican á las letras, anden siempre lo que se llama á tres menos cuartillo), apostaria un doblon de á cuatro por lo menos á que cuantos suscritores á LA ILUSTRACION hayan leído el epigrafe de este artículo, se habran puesto palidos, y aun habrá alguno á quien le haya dado frio de terciaria, acordándose de los sofocos, gastos, pasos é incomodidades de distintos géneros que les habrá ocasionado lo que todo el mundo llama *hacer encargos*, que no es ni mas ni menos que servir al prógimo que nos quiera mandar, con perjuicio de la paciencia muchas veces, y del bolsillo siempre.

Entre las infinitas é innumerables plagas que asedian á todo mortal que tiene el capricho ó la precision de vivir enjaulado en esta patria de tanto farsante, llamada Madrid (esceptuando la estrechez de ciertos chiribitiles que se han empenado en denominarles casas, y por casas han de pasar, aunque ellas mismas niegan que lo son; los muchos orguillos que se conjuran contra todo el que duerme la siesta; los pianos de algunos cafés, cuyas infernales armonias no dejan entenderse á cuantos hablan, á menos que lleven á prevención los pulmones de Ronconi ó de Rubini; los arpistas y las floristas que persiguen los bolsillos de los concurrentes al Prado; los madrugadores-escaroleros; los coches que atropellan á todo el que no tiene cincuenta ojos para ver y ciento cincuenta piernas para correr; los perros que ladran; los muchachos que alborotan; los ciegos que gritan; las codornices, grillos y ciertos *insectos* enemigos acérrimos de Morfeo; y por último, los guantes muy apretados, el corbatín, los enormes cuellos en las camisas en forma de gola, amen de otra porcion de cosas que no me es ahora permitido decir, y que convierten esta heroica villa en un paraíso poco mas ó menos agradable que el tan célebre del teatro Real), hay que añadir lo que se llama *encargos*, plaga que ha producido por docenas los cólicos biliosos, y por cientos los cataclismos matrimoniales.

Tan cierto es lo que dejo escrito, que todos los dias, cuando ha pasado la hora de venir el cartero, que es la fatal para los encargos, me pongo tan de buen humor que hasta ofrezco á mi muger llevarla á casa de Mad. Chavany á ver, en los escaparates por supuesto, la manteleta que mas le guste, y á mis niños les prometo acompañarlos el próximo dia de fiesta á la casa de fieras en el Retiro... Y no tomen VV. lo dicho á exageracion, pues tantos disgustos é incomodidades me han proporcionado lo tales *encargos*, que he llegado á creer que son hasta un elemento revolucionario contra la tranquilidad individual, y sobre todo de las familias, y no añado de los Estados, porque los gobiernos se cuidan poco de los que les hace el público. Así que cuando salgo á la calle y veo á un hombre que va con un papel en una mano, el lapicero en la otra y un criado atrás con tres ó cuatro cajones, que anda de tienda en tienda, y de almacen en almacen, regateando aquí, regañando allá, gruñendo acullá, no puedo menos de exclamar: ¡Desgraciado, tú estás comprando *encargos*!... Otras veces me encuentro alguna señorita, que está revolviendo todas las muselinas, pañuelos, lienzos y chinés en una tienda; coqueteando muestras, tomando medidas, midiendo precios en otra, para desde allí marcharse á casa de la modista á examinar con detencion los últimos figurines de París, á consultarla sobre si los sombreros deben llevar ó no pluma, si los trajes de campo habrán de componerse los mas *fashionables* de un *peinador á la Ninon*, de batista de Lille, ó de *nansouk* bordado á la *plumetis*...; si haria bien sobre el tal peinador una *Marion Delorne* de gro negro con tiras de *moiré*, ó si el *chiné* y la gasa *popelina* tienen ó no mas consistencia que los *bare*, *organdis* y *granadinas*. En seguida se informa de las hechuras, y si están ó no en boga los cuerpos negros, y los blancos con faldas de color, hechos los primeros del susodicho *nansouk*, rizados y adornados con guarniciones á la inglesa, ó con *valenciennes* si son de muselina, llevando todos su correspondiente faldeta, escepto los de *aplica ion* ó *guipure*, y entonces exclamó: ¡Dichosa tú, que con tal de andar de tienda en tienda, y de modista en modista, viendo telas y figurines y oyendo nombres retumbantes que no entiendes (en lo cual está el mérito), no te importa comprar *encargos*!...

Para que mis lectores no crean que cuanto dejo espuesto nace de una natural propension á no servir á los parientes y amigos que tengo fuera de Madrid, les voy á referir lo que acaba de sucederme, acontecimiento que regularmente se repite todos los años solo dos veces, esto es, á las entradas de verano é invierno: gracias al sabio Autor de la naturaleza, que no tuvo por conveniente poner en cada año media docena de estaciones: esto amen de los *encargos* estraordinarios, con motivo de cualquier fiesta de las que celebra nuestra Santa madre Iglesia, en que muchos fieles tienen como parte de tal solemnidad el estreno de un frac ó de unas botas.

De mal humor estaba yo en mi despacho un dia á fines del próximo pasado mayo (lo cual me sucede con frecuencia), revolviendo libros y papeles, cuando el criado me entró dos cartas que acababa de entregarle el cartero. La una era, segun el sobrescrito, para mí, y la otra para mi muger. Abrí la mia, y ya me disponia á mandar á mi esposa la suya, respetando el secreto de la correspondencia á fuer de marido confiado, cuando mi Blasa llegó y la abrió en mi presencia... Los dos leiamos las cartas casi á un mismo tiempo, sin advertir

que cayeron de cada una tres ó cuatro hebras de hilo de diferentes dimensiones, que se mezclaron todas sobre la mesa. Por las alteraciones de mi cara conocí mi muger el contenido de la epístola que aun yo leía, y ya me iba á preguntar qué me ocurría, cuando sin poderme contener, exclamé:

—¡Reniego de todos los parientes hasta dentro del cuarto grado, y de cuantos amigos tengo en provincia!

—¿Qué sucede?

—¿Qué ha de suceder, sino que me escribe mi primo Baltasar desde Polan, y me encarga que le compre una levita para él, una gorra para su hijo mayor, cuatro camisas para el cirujano, un alzacuello para el cura y unas botas para el maestro de escuela, que ya tiene mandadas hacer en la calle del Pez. Con este fin me envía tres hilos: el mas largo es la medida de su cintura, y añade que en cuanto á las demás dimensiones las arreglen á su estatura de cinco piés menos pulgada y media: el otro hilo es la medida de la cabeza de su hijo mayor, y el otro la de la altura de su último niño, á quien he de comprar unos pantalones blancos, pues como viene ya el verano todos quieren proveerse de lo que les hace falta.

—Pues hé aquí lo que con su linda ortografía me escribe aquella amiga de Talavera que se casó con el administrador de correos de Miguelterra:

«Querida Blasa, me alegraré que al recibo de esta te encuentres con la caval salud que yo para mi deseo con tu esposo y niños te voy á molestar con unos encargos pero ya bes que como se acerca el verano necesito comprarme algunas cosas y como tu estas en madrid conocerás mejor las modas que nosotras que no sabemos mas de esto que lo que nos dicen los periodicos comprame un vestido de chacona con mangas de moda y un gorro de terciopelo del dia con zintas y lacos de raso de tres pelos una mantilla de blonda con casco unos capatos de russel altos y unos guantes con pulseras de goma de seda Todo bueno de moda y barato y hesos ilos te diran que son las medidas el mas largo de la falda el otro del cuerpo y el otro de las mangas Recibe muchas espresiones de todos para todos y de mi hesposo y de mi padre y de mis hijos y del sacristan que tiene muchas ganas de conocerte y tu manda á tu amiga que berte desea y tu mano besa

JULIANA BECERRIL.

P. D. Todo lo que te cuestas mis encargos te lo mandaré con el tio Garrucha el ordinario cuando vaya por ellos.—Da espresiones á tu hesposo y á don Pedro el médico que me asistió y á todos los que pregunten por mí...»

Si la lectura de la anterior carta, escrita sin un punto ni coma y con una ortografía que no he querido enmendar, no me hubiese hecho reír, me habria incomodado con mi muger, que tiene aun relaciones con una Becerril tan becerra; pero mi esposa me aseguró que su amiga, aparte de su tontería, es un ángel por sus buenos sentimientos, y entonces me dispuse á perdonarla tanto disparate.

Dispuestos á salir á hacer nuestros encargos, buscamos los hilos que cada cual nos mandaba para sus trajes, y aquí comenzó nuestra desgracia. Los tales hilos se habian mezclado unos con otros, y no era fácil conocer cuáles pertenecian á una carta y cuáles á otra: en semejante duda cada uno cogimos los que nos pareció, y salimos en busca de los encargos.

Mandé al criado á recoger las botas á la calle del Pez, y yo me entré en la primera roperia que encontré, á mandar hacer la levita; saqué un hilo como de una vara, espliqué lo que queria, y enterado el ropero me ofreció enviarme á mi casa la consabida levita. Despues me fuí á una tienda donde ví camisas, saqué otro hilo, aunque me pareció un poco corto, porque tendria tres palmos escasos, y yo no sabia si el cirujano era alto ó bajo: la camisera se encargó de hacer las camisas con arreglo á las medidas, y guardando las proporciones, y asunto concluido. Me faltaba buscar la gorra, los pantaloncitos para mi sobrino, y el alzacuello: para este no me habian enviado medida y compré el primero que topé; pero al escoger la gorra, saqué el otro hilo que tenia cerca de una vara de largo: el gorrista se asustó al examinarle: me confesó que en toda su vida habia visto cabeza tan disparatada, y que tendrian que hacer la gorra á propósito aunque fuera valiéndose para molde de una de las bolas del puente de Segovia. Yo le contesté que no conocia al que la iba á usar, y que por consiguiente cumpla con mandarla igual á la medida, y me marché á mandar hacer los pantalones.

Mi esposa, por otro lado, hizo tambien sus compras, y enteró á la modista, dándole los hilos que llevaba, de las dimensiones del vestido; pero entre estos habia dos casi iguales, y uno muy pequeño, de manera que no sabian cómo ar-

glarse: al fin ya destinaron á falda el que le pareció, y á cuerpo y mangas los mas á propósito.

A muy poco tiempo, reunidos todos los encargos en sus respectivos cajones, los remitimos á sus dueños, poniendo antes cuidado de no equivocarse la direccion. Ya creia yo haber quedado libre de tan enojosa comision, cuando á los pocos dias recibo una carta de mi primo, que hecho un energúmeno me decia:

«Querido primo: si no conociera tu carácter grave y formal, creeria que habias tratado de darme un chasco: la levita que me has mandado, puede servir por su tamaño para enfundar un violin, pues tiene mas de una vara de cintura; la gorra de tu sobrino creo que tendré que destinarla á tapar una tinaja de las de doscientas arrobas; las camisas del cirujano apenas le llegan al estómago, y las mangas no le pasan del codo; el alzacuello del señor cura le lastima las orejas; los pantalones para el niño me pueden servir á mí, y en cuanto á las botas del maestro deben haber equivocado la zapateria, pues le han enviado unas de montar, á propósito para un coracero.»

Aquí llegaba en la lectura de la carta de mi primo, cuando entró mi muger diciéndome:

—Mira cómo me pone mi amiga la de Miguelterra:

«Querida Vlasa, he recibido los encargos que te ice y por fuerza los has equivocado con otros especialmente el vestido no me pasa de las corbas y en el cuerpo caben dos como yo

tectos que asistió á las escavaciones, el que leyó algunas observaciones sobre el estilo de ornamentacion prevalente en la escultura asiria acabada de descubrir, y hasta aquí se habia creido totalmente perdida, y sobre algunas particularidades de la arquitectura asiria, descubierta por su compañero en las escavaciones. Mr. Layard; presentó al mismo tiempo algunas impresiones tomadas en yeso de los monumentos recién descubiertos, traídos y depositados en el Real Museo de Londres.

Las impresiones que presentó consistian en brazaletes, diferentes partes de armaduras, empuñaduras de espadas, unas hojas muy singulares de un árbol desconocido, que por la magnitud en que estan tallados los modelos parece haber sido reverenciado como ídolo, ornamentos de vestidos, figuras humanas de rara especie, caballos, cabras y serpientes, etc. Considerando la extrema antigüedad de estos monumentos, la moderada blandura de los materiales en la que estos estan esculpidos, y lo bajo de los relieves, estas esculturas estan muy bien conservadas.

La opinion de ambas sociedades en vista de los antedichos monumentos, es, que su fecha debe de ser por lo menos de doce siglos antes de la ley de gracia. El gusto por los ornamentos era muy comun y estaba muy en boga entre todos los pueblos del Este. Cada figura ó estatua de las halladas en las escavaciones están adornadas con mucha profusion; hasta aquellas que representan simples soldados, tienen sus armas adornadas con rosas, cabezas de toros y otros emblemas perfectamente esculpidos: los ornamentos de los caballos en particular están riquísimamente ejecutados y de muy buen gusto. Como se ha observado que entre todas estas estatuas ninguna tiene sortija, se ha creido que este adorno era enteramente desconocido entre los asirios.

En las mismas escavaciones se han encontrado muy pocos muebles, pero sí se han hallado sillas con los pies de grifos y de varios otros animales, de talla esbelta y valiente; esta manera de tallar muebles era muy comun entre los griegos y se continuó por varios siglos. Los dibujos de estos monumentos, en general por la precision, soltura y firmeza con que estan ejecutados, demuestran una franqueza en la ejecucion, que puede decirse no desacreditarán en nada á nuestros mejores y modernos artistas dibujantes. Esta franqueza y soltura era enteramente desconocida entre los egipcios. Además, es tal la profusion de los adornos que cubren y embellecen estas antigüedades, que el dibujo era mas familiar entre ellos que entre nosotros, y que era muy fácil aprenderlo, y puede decirse que con dificultad se encontrarían en el dia escultores que ejecutasen en mármoles, alados monstruos con la libertad y valentia que lo están los que llevamos dicho. Estas figuras tienen una fuertísima analogía con las obras de los griegos, y debe creerse que las orillas del Tigris y del Eufrates han tenido y tienen derecho en llamarse la cuna de las artes griegas, con preferencia al Egipto y á las orillas del Nilo.

Mr. Smirke continuó presentando á las sociedades los modelos y la conexon que tenían los ídolos de los asirios con los de los egipcios.

Este distinguido arquitecto manifestó que en los templos de los asirios nunca ha habido columnas, y que cuanto se ha escrito sobre ello es una fábula. Su compañero Mr. Layard, en la memoria que ha remitido á las sociedades, asegura que solo en un caso ha hallado tres columnas, que en su opinion servirian para sostener alguna techumbre de tijera; pero estas eran muy delgadas, de madera, y con capiteles de lo mismo, tallados, formando un adorno de cuernos de cabra. Cree firmemente Mr. Layard que estas columnas son de fecha muy anterior á los asirios, pues tratando de aprovecharlas para remitirlas á Inglaterra, se pulverizaron, y para conservar memoria de ellas hizo un dibujo ligero, remitido con la memoria.

Mr. Layard en su memoria ha llamado extraordinariamente la atencion de ambas sociedades con la siguiente observacion; dice: El estilo arquitectónico del primer templo de los israelitas ha sido materia de repetidas controversias en nuestros dias, pero ahora estaba muy dispuesto á creer que las ruinas asirias daban la clave para resolverlas todas satisfactoriamente.

Geográfica y políticamente hablando, el pueblo de Israel tenia mas conexon con los asirios y con los egipcios, y Salomon trajo de la parte al oeste de la Judea los sabios artifices que construyeron su templo con todas las probabilidades por mas cerca y por mas capaces.

El vice-presidente suspendió la sesion por lo avanzado de la hora, diciendo antes que se avisaria á domicilio para seguir en la lectura de la memoria, dándole infinitas gracias á Mister Smirke por los modelos que presentó, retirándose los concurrentes muy satisfechos de cuanto habian oido.



Modas.

mientras las mangas no me las puedo entrar el sombrero es muy feo y la mantilla muy cara porque la tiene mejor aquí la sacristana y por menos precio y los capatos de rusel me estan como para las orejas...»

—¿Y qué vamos á hacer? me preguntó mi muger llena de sentimiento comprendiendo que nuestra equivocacion habia consistido en el cambio de los hilos.

—¿Qué!... No contestarles, y sobre todo hacerles saber que para evitarnos reconvenciones, malos ratos y equivocaciones, cortamos desde hoy toda comunicacion con parientes y amigos en lo que toca á encargos.

EL BARON DE ILLESCAS.

ESCALURA ASIRIA.

La sociedad de arquitectos de Londres, en union de la científica y literaria, formaron el pasado año de 1849 un fondo, para que dos arquitectos y un literato fuesen al país que ocuparon los asirios; y bajo la proteccion de la reina Victoria, con carta autógrafa de esta soberana y los correspondientes regalos para que aquel monarca autorizase las escavaciones que ambas sociedades habian proyectado, en efecto tuvieron grata acogida, y el museo egipcio de Londres acaba de enriquecerse con algunos curiosísimos monumentos: con este motivo ambas sociedades se reunieron el viernes 22 del pasado marzo. El vice-presidente, Mr. Bellamy, abrió la sesion concediendo la palabra á Mr. Smirke, uno de los archi-